BALADÍ

Nº 23



BALADÍ
NÚMERO 23. MAYO 2025
EDICIÓN ESPECIAL SEMANA DE LAS LETRAS

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
baladi.um@ucm.es

COLABORADORES

Ramón Alcarria, David Álvarez, Mª Teresa Ayllón, Rosa Mª Berlanga, Flavia Bernar, Mere de Frutos, Carmen de Soto, Victoriana Díaz, Juan Antonio Fernández, Yolanda Jiménez, Jaime Madirolas, Luz Modroño, Ana Ortega, Brunhilde Román, Águeda Rubio, Sergia Sánchez, Miguel Sarmiento, Elsa Varona, Fabiola Ventura.

CONSEJO EDITORIAL

Dirección: Leire Abadías Ibáñez
Subdirección: Diego Jiménez Avendaño

Celebración del II Micro Abierto

23 de abril de 2025



Con motivo de la Semana de las Letras 2025, el 23 de abril se celebró la II Edición del Micro Abierto de la Universidad para Mayores.

Fue un encuentro repleto de afecto y cercanía, donde los participantes compartieron sus creaciones, algunas recogidas en esta **Edición Especial** del fanzine *Baladí*.

UN NUEVO COMIENZO

«Un viaje de mil millas comienza con un solo paso.» (Lao Tzu)

Lao Tzu, uno de los principales exponentes del taoísmo filosófico, incidía en la importancia del primer paso, del atreverse a comenzar. Hoy retomamos con gran entusiasmo el camino de *Baladí*, revista cultural de la Universidad para Mayores. Tras un año de pausa, nos emociona dar ese primer paso al que se refería Lao Tzu, convencidos de que cada edición es un pequeño viaje compartido con quienes nos leen y nos escriben.

Somos Leire y Diego, miembros del Consejo Editorial de *Baladí*. Desde este espacio queremos seguir construyendo un lugar que fomente el encuentro y la reflexión entre distintas voces. Recuperar esta revista ha sido un ejercicio de ilusión y compromiso, pues creemos en la importancia de la cultura como puente entre generaciones, sensibilidades y experiencias.

A nuestros lectores y colaboradores os agradecemos el interés en esta publicación y os animamos a participar, a proponer, a escribir y a compartir vuestras ideas. Porque *Baladí* no se construye solo desde el Consejo Editorial: cada aportación vuestra la enriquece de forma única, cada palabra es una milla más en este viaje.

Leire Abadías y Diego Jiménez

Consejo Editorial

«¿QUÉ ES POESÍA? ¿Y TÚ ME LO PREGUNTAS? POESÍA... ERES TÚ.»

«RIMA XXI», *RIMAS*,
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Ramón Alcarria

SIEMPRE EL MAR

Siempre el mar. La mar de frente,
mirarla, abarcarla con la vista,
poseerla. La mar que abre la puerta
de los deseos,
que anula el tiempo:
bate con denuedo los recuerdos y el mañana.

Cabe en la mar el pensamiento,
mantiene a flote los sueños,
acaricia el encuentro con la orilla,
se insinúa, amante silenciosa,
ella que sabe de soles y de lágrimas,
de caminos,
de pétalos de rosa y de cenizas,
de auroras.

Guarda la luz y esconde la noche
sola y siempre la mar,
¡tan lejos!

CORAZÓN AZUL

Con tu manecita,
que ya se coge de la mía para recorrer el pasillo,
elegiste una cera para que yo coloreara
el corazón dibujado en un papel;

con la cera, tu sonrisa
a punto de hacer caer el chupete,
consciente del juego compartido;

y más grande, la sonrisa de tus ojos,
fresca, primera en la mañana
y a la vez cálida y honda
hasta ese sentimiento
que pintamos de azul.

PUDE IMAGINARTE

Pude imaginarte deseo,
luz y estrellas,
sin sombra.

Pude imaginarte roca,
vestida de mar y hierba,
con sabor a noche.

Pude imaginarte sueño
pero opté por quererte.

David Álvarez

MI LECTURA FAVORITA

En esta tarde primaveral,
desde el interior de mi biblioteca,
me encuentro buscando libros de autores que tengo como referentes,
que hace bastante tiempo
no tenía entre mis manos,
para echar una lectura.

En un rato voy a quedar con mis amigos
en una cafetería para tomar un delicioso café
acompañado de unos churros con porras,
a los que les apasionan los libros.

Les voy a proponer
hacer un club de lectura con nuestros libros preferidos,
para leerlos y luego poder comentarlos.
Que no falte nunca la ilusión de una buena lectura.
Feliz día del libro.



María Teresa Ayllón

HAY HOMBRES QUE SÍ

Hay algunos hombres que me entienden.
Que van más allá de sentir vergüenza ajena.
Que también en el feminismo encontraron su lugar,
responsabilidad y bandera.

Sin tener que llorar por «su identidad perdida»,
sin lamentos por la merma de privilegios.
Agradecidos, como yo, a la perspectiva violeta.

Más libres, completos y liberados
de la tiranía de «tener que saberlo todo»,
conquistarlo todo y todo competirlo.

Más felices:
hombres con el cuerpo relajado,
con ganas de aprender, de cuidar,
de saber…, ¡abiertos!

A ti te escucho, compañero,
¡experimentemos!
Sabes que yo también sufro
metamorfosis continua…

La sufro y gozo ese desequilibrio al que me lleva,
que me empuja a enfrentar mis miedos…,
a ser cada vez persona nueva;
y tú también, en tu desequilibrio, nuevo.

¡Por eso a mi lado te quiero!

A PAN CALIENTE

A pan caliente...
me saben tus abrazos
a pan caliente.

Cuando regresas
mirándome a los ojos
y sonriente.

Cuando despiertas,
desliando tus brazos
y yo tus piernas.

¡A pan caliente…
me saben tus abrazos
a pan caliente!

María Teresa Ayllón



MÓJATE, AMIGO

No tiene gracia ninguna y no tiene ningún valor,
si contra la violencia estás, que les cantes a las mujeres,
como si fueran una flor.

Canta el gallo en su corral para encandilar gallinas,
canta el tenor cosa fina para llamar la atención
de cuánto vale su don y cantando se valida.

No me vengas a contar
que las mujeres son niñas inocentes,
víctimas virtuosas, resilientes, otras muchas flores más
y que las hay que apoyar por lo que son de valientes…

No me vengas a contar
que la violencia machista te da mucho sofocón…
Cuéntame, de una por todas, ¡qué esconde tu corazón…!

Cómo se siente un buen varón
cuando ve que sus compadres
nos llevan a la perdición. Di…

Que de niño en un rincón te escondías cada vez,
que tu padre la arrastró, que la tiró a la pared,
que la quemó en el fogón…

Dime cómo no dormías de culpa, ¡cómo llorabas!
cuando en otro cuarto escuchabas los gritos, la humillación
a quien la vida te daba…

Dime qué siente un buen hombre si se ve englobado,
asimilado con malditos desalmados que hieren,
que dañan a las mujeres y encima las culpan de todo…

Dime cómo te avergüenza lo que dicen fieros varones,
que os llamen mandilones a quienes vivís de iguales
con la pareja que os cuadre.

Oíd: la violencia machista a las mujeres daña y mata,
pero a muchos hombres os capa y no sabéis qué decirles
a los violentos que mandan…

¡Todavía no habéis resuelto
cómo jugar vuestras cartas…!

No quiero escuchar que sufres por mí… porque no te creo
y tu tibieza me ofende, me deja sola ahí enfrente
donde debimos ser todes por une misme.

¿Me entiendes?
Óyeme una vez, compañero,
que no te lo diré dos:

«En esta lucha nos dejaste solas;
echarnos flores no es solución;
que no hay mujer mejor ni peor
que merezca el maltrato de un matón».



Rosa María Berlanga

CARTA A TU RECUERDO

Buenas noches, amor.
Cierro otro día sin ti y ya son cientos
sin que pase la vida, parada aquel 16 de enero.
No encuentro salida a la locura solitaria,
y las niñas crecen, conmigo o sin mí.

Siento que la mayor se me va de las manos,
y cierro zarpa cruel e inútil sobre ella.
No sé qué hacer. No encuentro reacción lógica
y pierdo, indolente, la razón.
Sé que la humillo, pero es tan igual a ti,
que duele y la rabia me envenena de ausencia.

La pequeña sigue sin hablar apenas.
Mira el vacío distraída y triste,
frente a tu sillón habitual
donde se sentaba sobre tus rodillas,
y nunca juega, ni sonríe.

Y tu madre llora junto a mí,
fundiéndose de espacio...

Yo abrazo tu foto cada noche en blanco,
y le devuelvo un rastro de tristeza.
Las lágrimas y el negro nos rodean
y no sirve de nada la luz que dan los días.
Sigo muriendo a pocos sin hallar asideros ni resuello.

El viento me hace escarcha
y no encuentra final el desconsuelo.

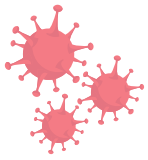
NUEVO COMIENZO
(Pandemia COVID-19, 2020-2021)

El vuelco de la noche en las cavernas
enhebra, finamente enovillados,
los dedos de mil hadas infinitas
que han tocado la cúspide cegada.

De espaldas a esta tierra hecha pedazos,
de esquirlas y cristales,
estalactitas rojas en los huesos del alma,
y un vidriado de hielo en la ceniza
que obstruye tercamente las ventanas.

Controlada, contrita, finitud de incertidumbre,
escapar de los tiempos, del aire y de las cosas,
de los virus extraños como balas,
sin poder desertar de los rincones,
ni poder recorrer las cataratas.

Nadar a contracorriente entre las nubes,
aromar los recuerdos de la nada
y gritar en silencio por los muertos
del sueño que atomiza las mañanas.



Rosa María Berlanga

ENSAYO SOBRE EL PASADO (ROCAS)



Una, dos, tres.., miles, millones...

amontonadas, firmes, unas sobre las otras,
refulgentes de sol, anidadas de luna,
refugio de druidas, de meigas y deidades,
colmadas de misterios y de secretos viejos,
encierran sortilegios, soportan tempestades.

Busca entre sus rendijas los duendes de la historia,
los ensueños dormidos que atesora la roca,
las rompientes arcanas que amalgamaron pueblos
bajo ágora celeste, raíces de otras horas,
los mitos desmedidos, victorias y derrotas.

Piedras que nos toleran, que transmutan el tiempo,
piedras que nos demudan, deudas, visiones rotas,
que soportan el peso de pretéritas eras,
siglos de amores, duelos, heridas, guerras, trovas;
contémplalas, poema, y, sencillamente.., ¡BROTA!

LO QUE QUIERAS OÍR

En cada pensamiento al norte de mí,
en cada sonido de vuelta,
en cada historia que nos contaron
a partir de la violencia y el miedo.

A pesar de arañar la niebla
con los bolsillos rotos,
de abandonarnos a las úlceras de un engaño previsible
y abrir un agujero para volver al inicio.

No me gusta pensar
que en este universo en fuga
de cuerpos que se alejan en vano
nada hemos aprendido
y la causa del verdugo fue el ardid para cortar
el hilo por su lado más débil.

Mere de Frutos



Despertar del zarpazo con grietas
en una respiración carente de esperanza
con el pecho perforado
y sin poder movernos del sitio.

Porque la lengua nos mordió lo que escribíamos
o alguien nos regaló
lo que queríamos oír,
mutilados de nuestro propio lenguaje.

«*Caminante, son tus huellas*
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.»

«XXIX», *PROVERBIOS Y CANTARES*,
ANTONIO MACHADO

Mere de Frutos

COLLIURE AL ALBA

En aquel patio claro
donde maduraba el poeta
ya no canta el jilguero
y la luz vive
        como dormida
desde que el hombre se hizo verso
y se fue
por un sendero aún no escrito
parco de equipaje
        tras los azules del alba.

Se le quebró la voz
de tanto cantarle a Soria.
A su Duero retorcido.
A su gente lisa.
A sus paisajes de encina y alcornoque.
Y al lado Izquierdo de su corazón
atravesado por un rayo de luz
        tan intenso
que se le rompió de tanto amarlo.

¡Pero el poeta aún vive!
En esos campos de Castilla.
En el agua de sus fuentes.
En lo efímero del tiempo.
Y en los hijos de la mar que no tuvo
porque se le paró el reloj
frente al banco de piedra
        donde aún su amada le espera.
Guárdame en Colliure,
        querido Antonio,
un asiento en tu amargura
porque sé que tendrás el agua fresca
para dar de beber
a otro caminante sin camino,
a otro corazón solitario.

Mere de Frutos



UN VERSO CUELGA DEL CIELO

A Carmen Martín Gaite.

Entre cielo y tierra, Carmen,
dejaste tu nombre escrito
y hoy te he oído susurrarme
que por tus venas azules
quieres que corra mi sangre
y en tu corazón de nata
abreven mi sed y mi hambre.
Carmencilla era tu apodo.
Una gota chispeante.
Carmen vestida de luna
en un mundo de gigantes.
Carmen blanca *entre visillos,*
A rachas dulce y picante,
asomada a tus novelas
y los versos que dejaste
en una infancia escondidos
que a *Ritmo lento* adobaste
entre una lluvia de fuego
sin *Nubosidad variable*.
Me queda después de todo
el consuelo de encontrarte
siempre en *La chica de abajo*
que allí está para ayudarme
porque *lo raro es vivir*
sin tu voz como estandarte.
Bajo el cielo de tu boina
brota la fuente del arte;
serás hito entre las letras
siempre, Carmen Martín Gaite.

EL TIGRE

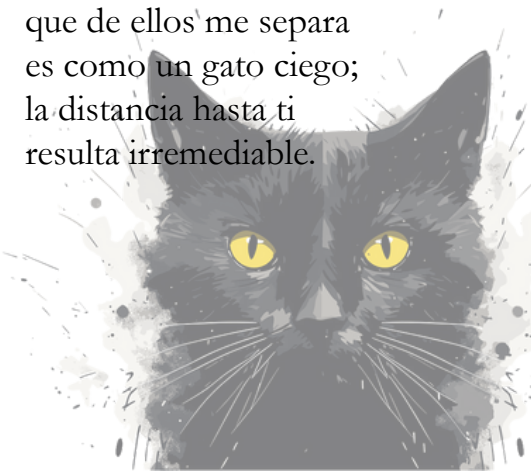
Mutgrum presintió
siempre la llegada
del tigre.
Con temerosa
y expectante
alegría
anhelaba la música
callada de su andar
felino,
el salvaje grito
que brillaría
en sus ojos;
el aliento que pintará
en el aire la sucesión
–perplejidad, certeza–
de todo lo futuro
y lo pasado.
Mutgrum intuía
la llegada del tigre
como el bosque aguarda
otra primavera.

Carmen de Soto

UN GATO CIEGO

Atónita e inerme
me veo ante un abismo
frente a ese claro espejo
desde el que miras tú.

La blanda densidad
de arenas movedizas
que de ellos me separa
es como un gato ciego;
la distancia hasta ti
resulta irremediable.



Este vacío siempre
dibuja tu mirada:
oscuridad y luces,
sus colores mezclados
–¡qué tristeza insondable
habitaba en tus ojos!....–

Deambulan por mi memoria
como en el vacío,
como si no hubiera habido
jamás allí recuerdos;
los destierran de ella
cóncavas soledades
contra el diáfano espejo,
obsesivas y fijas,
océanos sin estrellas,
ojos de gato ciego.

Carmen de Soto

BRINDIS POR EL TIEMPO QUE NOS HACE Y NOS DESHACE

Sal a tu balcón
y levanta tu copa
como una ofrenda
al Sol,
pintor del aire transparente
de la tarde que se aleja,
que destella
como el vino,
como el oro
derramado.
Y bébete de un trago
tanto color...
o, tenuemente, a sorbos
el regusto de la vida...,
su dolor y sus caricias.

Llegue de pronto
–casi una sorpresa–
la noche
con su terciopelo azul
de luminosos silencios.
La jornada ha terminado.

Caiga, pues, el telón;
la tragedia, tal vez,
quedé ya concluida.

Victoriana Díaz

CUANDO NOS MIRAMOS
(A MI NIETO JAVIER)

Cuando nos miramos se detiene el tiempo
en esa línea de ternura mutua,
que inunda el océano de nuestros ojos,
donde florecen las palabras no dichas.



Me olvido de todo para disfrutarte,
para empapar todo mi ser con tu dulzura,
y acaparo ese instante y lo guardo en mí
como el tesoro más preciado de mi alma.

Cuando te regañan, me miras con indulgencia
porque bien sabes que soy tu cómplice;
mi corazón se eleva contigo y con tus travesuras
y esa brisa tuya llena de amor todo mi ser…

Volamos juntos, en esos segundos que son mágicos
donde florecen las rosas aun siendo invierno,
y cantan los pájaros en nuestras manos.
Solo existimos tú y yo, en ese vuelo eterno.

Eres tú, mi niño, quien da vida a mi universo
arropando las ramas desnudas del árbol caído,
que el tiempo y la vida no supo cuidar.
Tú llenas de luz mis rincones de sombras.

Eres el faro que guía el sendero perdido,
el bálsamo para mis viejas heridas;
en tu inocencia encuentro la paz que anhelo
y en tus ojos de lucero renace para mí la vida.

Tal vez un día seas ese hombre
que sane las brumas de mi memoria…

Victoriana Díaz



SONETO AL ABUELO (DEDICADO A MI PADRE)

Tez curtida de lluvia y primaveras,
años de duro trabajo y carencias,
sabiduría y en las manos caricias,
lo dio todo; hay que quererlo de veras.

Azada al hombro, ibas por la ladera,
calor de verano, afán y pericias,
sudor en la frente y las manos lacias;
duro fue el trabajo, tú, ave viajera.

¡Ay, padre!, nunca te quejas de nada,
siempre tienes tiempo para tus hijos;
¡si pudieras, nos lograbas la luna!

Nacieron tus nietos, vida adorada,
amor y ternura; en tus negros ojos,
gozo evidente de tanta fortuna.

TERNURA ANTE EL ESPEJO

Hoy me miro al espejo y renace el ayer,
aquellos días de luz y mesura,
de fríos inviernos y mucho amor.

Olor a hogar, a leña y hogaza,
mejillas sonrosadas de inocencia,
todos haciendo piña, alrededor de la chimenea.

Años felices que ahora tanto añoro,
y cubro mis huecos con esa ternura
que siento, ¡ay, cómo te adoro!

Niñez de miel, de pan y chocolate,
de mañanas de cole, y tardes de juegos,
de domingos de cine y algarabía de amigos.

Araño el espejo y tu imagen se esfuma,
aparece la sombra nublada del paso del tiempo,
que altanero y sigiloso… vuela como una pluma.

EVAS

Creadora y mujer,
dos cimientos,
mil caminos.
La Eva primera,
la manzana de néctar,
asustó a los varones,
incendiaron sus miedos,
dispararon los resortes.
Inquisidores pirómanos,
crueldades en cadena.
Generaciones fecundadas
en vientres de vida
alumbrados por mujeres.
Educación y conciencia,
libertad y respeto
entre seres y sexos.
Siempre al acecho,
la violencia no duerme.

Yolanda Jiménez

***Puertas al laberinto*, Eragin Ediciones**

MADRUGADA DE PUERTAS

Posibilidades a mares,
opciones elevadas a potencias
sin sus nombres,
puertas en abismos de instantes.
Interrogantes que esperan
los caprichos del verbo.
Abrir, cerrar,
saborear la encrucijada
de los besos deseados.
En los dilemas
hallamos nuestros nombres.
Jeroglíficos de piel
escritos sobre el talle desnudo
de versos de madrugada.
El amanecer abre la puerta,
nos invita a adentrarnos
en su laberinto
de otras cancelas,
de otras noches.
Almohada cómplice
muda de susurros transparentes.
Inútil la opacidad de un vano de ascensor.
Un beso al aire que aletea en un pasillo,
un adiós sin sentido.
En la calima de un blues,
las distancias de amaneceres
y posibilidades
siempre,
siempre
son ficticias.

Yolanda Jiménez

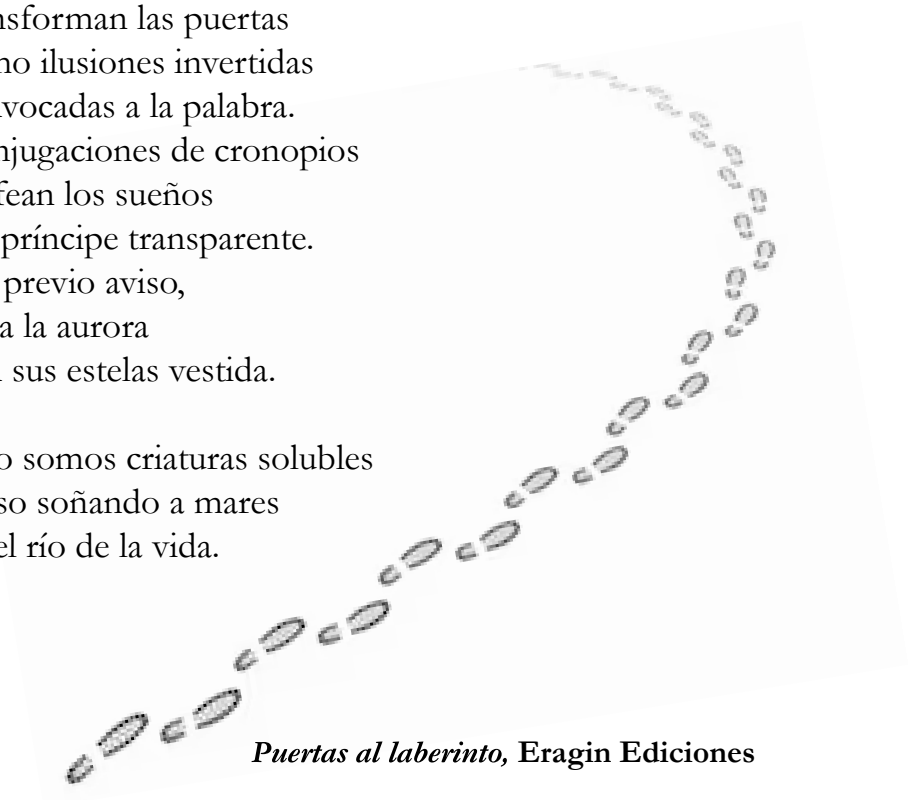
FOTOGRAFÍA DE RECUERDOS

«Siempre hubo esa luz entregada
que antecede a las respuestas de los astros:
una luz indecible para después de las edades»
-Imanol Bueno Bernaola-

Paralelos de formas
en tiempos distintos.
Orillas habitadas de huella,
de pasos pasados,
de presente continuo.

Los duendes silenciosos
transforman las puertas
como ilusiones invertidas
convocadas a la palabra.
Conjugaciones de cronopios
surfean los sueños
del príncipe transparente.
Sin previo aviso,
llega la aurora
con sus estelas vestida.

Solo somos criaturas solubles
acaso soñando a mares
en el río de la vida.



Puertas al laberinto, **Eragin Ediciones**

ESCRIBO



ESCRIBO porque me aferro
a la vida que se evade.
Vorágine de versos se agolpan
en el cálamo de mi cosmos.
Algunos hablan de primavera
y de la Luna en otoño;
hay otros que me sumergen
en el estruendo imponente
del piélago embravecido
que ensimisma a navegantes
con sus miedos y quimeras.
El amor y su misterio
fraternizan con la muerte y su verdad.
Lanzo poemas al viento
como aviones de papel,
en un intento imposible
de alcanzar la eternidad.
Y en la soledad de la estancia
la tenue luz ilumina
unos versos de la Storni
ahormados por la voz mezzosoprano
del Cello del Bajo A.

Jaime Madirolas

ECHO EN FALTA

ECHO EN FALTA
las miradas sin recelo,
los «buenos días, vecino»,
los besos dados sin precio,
los gorriones del parque,
el agua fresca en la nuca
en las tardes de verano,
los años de juventud.
Extraño el calor de tu cuerpo,
tendidos sobre la arena,
las noches de Luna llena.
Echo de menos
el valor de la mano dada,
transitar las dos orillas,
que el otoño sea otoño,
que la risa sea cierta,
que el verbo no tenga espinas.
Echo en falta tantas cosas
que no concluiría el poema.



Jaime Madirolas

DECLINA LA TARDE

DECLINA LA TARDE.
La urbe bosteza por pura desidia.
Las voces sin rumbo
acallan los sentidos.
Me encamino hacia la orilla,
paso lento,
seducido por el reflejo oro fuego
que deja el Sol en sus aguas.
Adivino lejano el horizonte,
inalcanzable quizás,
allá donde tú habitas.
Es la noche, que me recibe
con su manto de sosiego,
la que disipa el temor
de no llegar hasta ti.
Y, mientras tanto, la Luna
asciende a lo más alto
rasgando el vasto mar
con su navaja de plata.

Luz Modroño

EPÍLOGO

Se asombrarán las calladas
luces del alba
cuando tropiece la mirada
con tanta sangre inocente.
Tanta mirada que no quiso
mirar la lenta agonía de la inocencia.
Repartidas quedaron sobre el asfalto,
junto a los miembros desgarrados,
las palabras no cantadas,
los arrullos prendidos sobre limbos culpables,
las bombas arrojadas por pájaros de acero.
Huyeron las últimas palomas,
vestidas con plumas sucias,
manchadas de sangre y metralla,
vomitando la lujuria de una guerra
librada sobre un tablero de ajedrez.
Y cuando el último peón
exhale su último aliento,
sobre el horizonte quedará,
eternamente,
la última palabra,
la última silenciosa acusación,
la ausencia infinita de amor.

EL MAR Y LA SED

I
Un suspiro de sal añeja
envuelto en nubes de alquitrán
serpentea entre los pliegues
de mi recuerdo robando
el sol que no me habita.

II
Se hunden mis pies en la arena
y un beso furtivo
rueda sobre mi frente,
confundiendo al daliniano reloj
que se deshace
en la carrera hacia la nada.

III
El agua se esponja en burbujas
cortando con cuchillo clandestino
las raíces de mi destino inacabado.



IV
Un ánfora sin eco
esconde el grito ceniciento
y tiembla esperando calmar mi sed,
eterna sed de madrugada.

V
Y, por fin, cuando la noche amarillea,
levanto mi voz por encima
de cualquier tormenta,
por debajo de cualquier marejada.

Luz Modroño



TRECE ROSAS Y CUARENTA Y TRES CLAVELES

Era de madrugada.
Aún el día, perezoso,
no despertaba.
Trece inocentes rosas,
trece rosas valientes
vestidas de blanco
cayeron bajo las balas
del verdugo inclemente.
Enmudecieron grillos y cigarras,
enmudecieron de espanto cuando
trece tiros resonaron contra la tapia.
Cuarenta y tres claveles las acompañaban.
La luna, testigo del crimen,
quiso apartar la mirada.
Cincuenta y tres voces sumaban
aquella noche de agosto,
bordadas con hilos de oro y plata.
Quedó para siempre su voz
rubricada al alba.
No se borrarán de la Memoria
ni sus nombres
ni sus palabras.
Esparce el viento sus pétalos grana,
que gritan Paz, Justicia, Libertad.

Ana Ortega

DONDE ROMPE LA OLA

Por la mañana temprano
camino por la playa
donde rompe la ola,
donde me hiciste la eterna promesa
que se hunde en el abismo.
Paso a paso rastreo algas.

El vértigo de la vida me reclama,
ahora estoy lejos de tu lecho.
Esta noche veo tu sombra desnuda
que se esparce por el cuarto;
debe ser una eminencia de tu rareza
pensar que yo soy tu mitad.

Mientras devoro el silencio,
siento tu aura trayendo destellos,
haz de luz en harapos.
Con mis latidos se quejan panoramas,
me llegan sonidos de ausencia.
Llueve esta noche y el agua lame
los cristales de la ventana.

CAMPO DE GIRASOLES



En este campo
cuajado de girasoles
escucho murmullos
en el horizonte abierto
que vigila el cielo.
Siento constelaciones
en las madrugadas del mundo.
El amor se renueva
en los corazones cansados.
Canto un salmo acunando
a la noche que salva.
La luna disgrega su luz
sobre los tejados de preguntas
y un sentido perfume
traspasa mi médula.

INDIGENTE

En los albores de su credo
recreaba estampas pasadas,
hijo de la semilla,
bajo las frondas dolientes,
buscó refugio.
Se instala cerca
de la verdad del mar.

Cegado de antiguas emociones,
despierta al lienzo de la mañana.
Una vana ilusión
instalada de infancia le persigue,
mitiga su sed en las fuentes,
en las aguas sus pensamientos
son torrentes ocultos.

En sus sueños contempla
vuelos de águilas
y bailes de peces.
Duerme al raso,
espera sin esperanza.

El instinto le desliza
por calles trillando pesadumbres.
Quisiera ser crisálida
y que una luna le envolviera
en un eclipse total.



Brunhilde Román

OSAR LA LUZ

Contra el cielo y la tierra, contra el alto y el llano,
contra el sudor de los cadáveres arrojados al frío

Palmira calla,
Palestina calla,
Yemen calla.

Y cómo callar
ante los ojos de mi padre
ya por siempre vacíos,
sus brazos extendidos
como tallos devastados.
Digo padre y tu nombre es cruel cuando se asoma
entre la carne y los escombros.
Digo padre y araño la tierra buscando tu sombra.
Digo padre y sobre la piedra caliente un hombre va muriendo.

Padre, piedra súbita,
piedra arrancada de la desolación,
desgarrada piedra del exilio.

En este llanto
escucho ahora retumbar la vida
sobre la tierra entera de tu nombre,
la casa que en tus manos
levanté piedra a piedra,
la carne que habité en tu carne,
la carne y la palabra prolongando la especie.
El hombre muere y en sus ojos va creciendo una espiga;
escucho ahora su tallo crecer sobre la sangre,
asaltar el día,
osar la luz.
Padre, aún puede la palabra renacer de entre las ruinas,
aún llevo en mi boca
semillas de la tierra prometida.

Brunhilde Román

ALFONSINA

«...y constelaciones silenciosas»
Wolfram Eilenberger

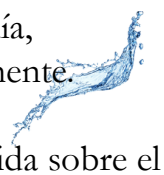
El día era todo corazón y herrumbre,
toco tu frente sin mañana,
sus constelaciones silenciosas;
dentro de tu frío
hay un sol que no conoces,
Alfonsina,
una caricia sola
en lo más alto del mundo.

No ves tus manos
recogiendo el agua que canta,
Alfonsina,
no ves que el azul que guardan tus ojos;
lo están bebiendo ahora
estas manos
están bebiendo la constancia del verano
y sus pozos oscuros,
el poso,
el latido tenaz
del corazón unido a su silencio.

He visto en ti labios que lloraban
dentro de espejos mudos
donde la gravedad del último pájaro
rompe los vidrios de su secreto canto.
Se retira el mar; arden en ti
luces deshabitadas.

Oh mis adentros, oh mis afueras,

Alfonsina líquida y tardía,
te vas acabando dulcemente.



Beber de esta tarde herida sobre el mar
solo fue otra manera
de retener tu canto.

LA PALABRA

Deja que los nombres se acerquen a las cosas,
deja que la luz descienda sobre el verso
y llegue donde la muerte no alcanza,
que la palabra invoque el fuego
y nos desnude del sueño y de la máscara
para sostener el peso de ser,
de ser al límite del vuelo
donde los nombres dejen de decirse
para empezar a arder.

No habitará el poeta la voz
que desmiente la muerte
y los días sin alma
porque ese fuego ya no nos pertenece
y es la palabra la que salva al poeta.

Águeda Rubio

MI MADRE

Mi madre me dice
que hoy va a hacer
lo mismo que ayer
y que mañana,
y que no tiene
expectativas
de cambio.

«Tal vez lo de hoy
no sea como lo de ayer»,
le digo;
«si no lo es», me contesta,
«volveré a andar.
Sería la única novedad
para mí
poder ir a la librería
y elegir un libro de pie, con alevosía
con dedicación y
libertad».

Y yo siento
que, si el cuerpo no está libre,
la mente tampoco.
Por eso se sueña que se vuela
aun estando preso.
La libertad es lo primero
y lo último; es nuestro baremo
de dignidad.

YO QUIERO

Yo quiero que tú vengas hoy
como vienen las cosas prohibidas,
de soslayo
y despacio,
y te quedes en una curva de mi cuerpo
anidando preguntas,
escarbando deseos y tal vez tristezas.
Quiero que vengas de lo oscuro
y que te hagas luz
en el mismo instante
en que te nombro.

NO HAY NADA MÁS SEGURO

No hay nada más seguro
que cuando cruzas el umbral
de mi deseo,
cuando bajas allí
alejado de teorías
y números,
y me sostienes
con el lenguaje
de las olas.

No hay ecuación más bella
ni lectura más profunda
ni proyecto más seguro
si te tengo allí abajo
hablándome.

Sergia Sánchez

PALOMAS

Hay un palomar
frente a la ventana.
A veces
se escapan,
descansan en el alféizar
o en la esquina de los tendederos,
como pequeñas estatuas de alabastro.
Zurean
y esconden la cabeza
en el pecho plúmbeo,
atentos los ojos
de iris anaranjados
a los manteles que dejan
un reguero de migas
para volver al hogar.

POÉTICA



Saltar a rayuela
como quien salta un abismo.
Volver a casa,
aun sabiendo que nadie abrirá la puerta.
Cuidar de las amapolas
para que no se mueran entre los dedos.
Sumergirse en el azul
cuando las caderas se ensanchan.
Sentir el temblor del árbol
en las manos.
Encontrar bajo los lilos
el amparo de la infancia.
Aprender la vida
al otro lado del cristal.
Dejar la ventana abierta,
que entren y salgan los gorriones.
Nadar en el mar amarillo de la tierra,
cobijarse en el vientre materno.
Encender las ventanas
cuando se acaba la tarde.
Voltear los relojes
cuando las horas se quedan quietas.

ANCIANA

En el pelo se enreda
una flor de canas,
una lámpara húmeda
de aceite se entretiene
en alumbrar la vieja cocina,
la casa que un día fue bella
como un árbol pequeño en primavera,
como sombra donde dormía
la mirada amarilla
de un perro.

Ese árbol que parece penar
al desnudarse de hojas
cuando saltan
dormidas a sus pies.
Se enreda una flor de canas
y contempla en silencio
un reguero de hormigas
que corren luminosas
y tuercen hacia
el árbol pequeño y desnudo.

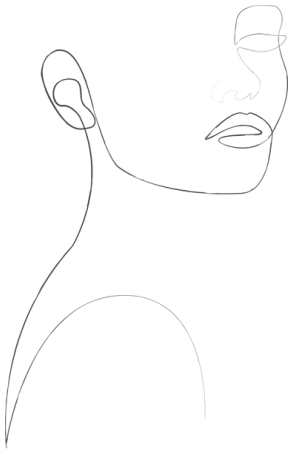
Miguel Sarmiento

HE VUELTO A MI INFANCIA



He vuelto a mi infancia,
no me he ido de ella,
ha marcado mi vida;
en la soledad del recuerdo
risas, llantos, silencio.
He regresado al pueblo,
no me encuentro en las calles,
todo es silencio.
¿Dónde están las voces?
¿Dónde las carreras y gritos?
No veo carros con ruedas de hierro
ni hombres vestidos de negro.
Este no es mi pueblo.
Las casas de barro han caído,
el ladrillo rojo encierra.
Silencio.
Ventanas cerradas, puertas blindadas,
no hay calles de tierra.
Este no es mi pueblo.
He ido al caño, rumor de enamorados,
el agua ha huido en busca de otros cauces,
no hay mozas, canciones…
Los chopos amarillentos
casi están muertos.
Solo hay silencio.
No hay escuela, ni maestro,
casas deshabitadas con olor a incienso.
He venido a recuperar mi infancia
y no la encuentro.
Soledad y silencio lo envuelven todo.
Las golondrinas y los gorriones
son los dueños del viento,
de mis recuerdos;
sus cánticos me transportan
al mundo del que me quise ir
y sin embargo no puedo;
lo llevo en la memoria
lo traigo en el pecho,
busco la felicidad que fuera
no me dieron.
No era feliz aquí –o no creía serlo-,
el futuro era duro –en páramo seco-,
fui buscando cultura, comodidad, dinero.
Ahora necesito amor, entrega,
me he hecho voluntario
de niños desarraigados,
rotos por dentro,
por fuera desgarrados.
Soy alfarero de arcilla roja y negra.
Yo quiero un mundo nuevo;
no sabía dónde buscarlo,
he regresado en el tiempo
modelando deseos, juegos, sueños.
Con personas que viven mi misma infancia,
lejos de su tierra, exiliados de recuerdos.
Lo encontraré en sus risas, en su mirada,
en su silencio.

Miguel Sarmiento



MI RECUERDO… TU SONRISA

La distancia es lejanía,
piensas en personas amigas,
las acercas al corazón,
no hay distancias,
solo, ausencia de visión.
La luz de tu mirada
era brillante,
como las olas del mar,
constante,
dejando sentimientos
de amistad.
Cosería con tu sonrisa
puntillas de espuma blanca,
balanceándose
al ritmo de tus pestañas,
ondulándose,
las emociones bailan.

Tus faros
eran luz, caricias, miradas
derramando
la bondad de tu corazón.
Te envuelvo en recuerdos,
enlazados
con vivencias, sueños…
Siento abrazando
el arrullo del viento,
nostalgias
que evocan el eco de tu voz.
Tu imagen… Mi recuerdo.
Gotas de rocío anidan
en la corola de tus pupilas.
No son lágrimas, brillan,
es la alegoría de tu sonrisa.

QUERIÉNDOTE, QUERIÉNDOME, QUERIÉNDONOS



Miguel Sarmiento

Tú siembras sonrisas
en cascadas cristalinas,
las contemplo extasiado
mientras ellas me miran.
Vamos haciendo camino
desde que nos conocimos,
yo te prometía el cielo,
tú, no perder el paraíso.
Queriéndote, queriéndome, queriéndonos…
Mi pasión se desborda,
tú le pones el cauce,
siembras cordura, confianza;
así es como el amor nace.

Queriéndote, queriéndome, queriéndonos…
Yo describía sueños
que pintaba en el aire,
tú los bajas a tierra,
remarcas los detalles.
Hablaba de grandeza,
de poseer, tener, acumular…
Me dices que la riqueza
está en quererse y saber amar.

Queriéndote, queriéndome, queriéndonos…
Una orquesta creaste,
con pausa, ritmo y armonía;
el sonido estridente
era yo quien lo hacía.
Saxo, trompeta y trombón
acompañaban la melodía;
con piano, violín y acordeón
la partitura componías.

Queriéndote, queriéndome, queriéndonos…
Nos fuimos amando,
puliste mis defectos
con cariño y afecto;
el amor continúa caminando.
Juntamos las manos
posamos la mirada
apoyamos los cuerpos
construimos la morada.

Queriéndote, queriéndome, queriéndonos.
Con pequeñas cosas
se hacen cada día
grandes amores
que el tiempo no derriba.
Van pasando los años,
lo que la vida erosiona
TÚ lo reparas y alivias,
con besos, abrazos, sonrisas…

Queriéndote, queriéndome, queriéndonos…
es como el amor perdura.

«MIENTRAS DURE LA VIDA, SIGAMOS CON EL CUENTO.»

EL CUENTO DE NUNCA ACABAR,
CARMEN MARTÍN GAITE

Ramón Alcarria

SU DÍA DE SUERTE



Salió a comprar en el Black Friday todo lo que pudiera. Llevaba la lista de las cien cosas que no necesitaba y había imprimido de la web oficial de todas las marcas que le había dado tiempo la relación de productos que estaban rebajados. Tenía que aprovecharlo; no todas las semanas el viernes es Black (se negaba a traducirlo) ni todos los días el desastre de su marido olvidaba la tarjeta en casa.

En primer lugar, los Grandes Almacenes. Ahí, ahí. Allí encontraría gran parte de los productos con los que llenar las bolsas. Sólo sentía tener que transportarlas después hasta la casa, aceras abarrotadas, pasos de cebra ridículos... Dentro no le importaba ir cargada. Le encantaba participar del trasiego, del ir y venir hasta desorientarse por los pasillos. Unas veces se detenía frente al expositor del que seleccionaba un producto; otras, como en un ejercicio automatizado, sin llegar a detener el paso, el brazo se extendía y volvía con algo que iba directamente a la bolsa. Le encantaba recorrer todas las plantas, en todas encontraba algo irresistible. Escalera mecánica para arriba, escalera mecánica para abajo, hasta que el pico de una de las bolsas se introdujo entre el mecanismo de tracción que la desgarró y engulló parte de las prendas, mientras ella trataba afanosamente de recuperarlas. Su esfuerzo la desequilibró y terminó rodando escaleras abajo entre el susto y la vergüenza. Quedó tendida en el suelo, como escupida por el sistema, inconsciente de la hecatombe que había protagonizado.

En el hospital estuvo justo un mes. Por la habitación habían pasado los «Payasos solidarios» y hasta cree recordar que unas copas de sidra. Al salir a la calle, la primera impresión fue de frescor en la cara y, enseguida, la marabunta de personas y de coches, el ruido, ¡el humo y el ruido! Por primera vez reparó en que iba en una silla de ruedas. Oyó: «has tenido suerte de volver a pisar la calle». «¿Pisar?», pensó, mientras volvía la cabeza sonriendo para preguntar si el jueves podían llevarla a las rebajas.

Flavia Bernar

GOL

Un gato negro cruza el campo de fútbol vacío. Son las diez de la mañana de un día cualquiera entresemana.

Camina con indolencia un tramo, mirando a izquierda y derecha.

A la izquierda, un mendigo ordena sus pertenencias en el córner, a la derecha un ama de casa toma el sol en el banquillo.

El gato para frente a la portería, quedando repentinamente congelado y atento sobre sus cuatro patas.

El campo es de césped artificial, un poco abandonado. La alfombra verde ya está irregular por el uso, con ondulaciones que lo atraviesan de parte a parte como leves cordilleras que nacen y mueren en los postes blancos. En algunos puntos, la hierba real ha atravesado a la de mentira y salpica de flores amarillas el terreno de juego. Los gorriones picotean las briznas aquí y allá, algunos cruzan la portería dando saltos.

El gato mira atento, calculando el tiro, mueve levemente la cola, se agacha y estira todo el cuerpo, avanza suavemente y con un rápido y certero salto, cae sobre su presa, hundiendo los colmillos sobre la capa de plumas.

El ama de casa mira con disgusto hacia otro lado.

El mendigo grita: «¡Gol!»

El gato se relame.



Juan Antonio Fernández



LO RARO ES VIVIR (ASÍ)

«El hombre está alejado de sí mismo cuando habla a cara descubierta. Dale una máscara y te dirá la verdad»
Oscar Wilde

Sergei Ivanov recogió el dinero ganado y se fue apresuradamente a su casa; un fuerte impulso le obligaba a ir muy deprisa y no era para dar la noticia a su mujer, sino por algo que no alcanzaba a entrever. Abrió la puerta, recorrió todas las habitaciones, no encontró a nadie y sintió un escalofrío.

El premio era producto de una premonición que había tenido por la mañana; estaba seguro de que le sucedería algo transcendental. Presentía que su vida iba a cambiar, lo que ignoraba era la magnitud de ese acontecimiento.

Siguió su ritual de siempre, sentándose en el mismo sitio de la mesa donde habitualmente lo hacía. Esperó hasta el último instante y apostó una buena cantidad al 0, el número que tenía más premio si le sonreía la suerte.

—¡No va más!, cantó el crupier poniendo a girar la ruleta , y mientras ésta daba vueltas pensó que con ella giraba también su futuro. Cuando paró y comprobó que era el ganador, tuvo una sensación que no era de alegría, sino extraña y agridulce, y eso le preocupó. Seguía presintiendo algo, pero no sabía de qué se trataba.

Era un oficial de la Guardia del Zar que vivía en una bonita dacha con su mujer y dos hijas.

—¡Papá, empuja más fuerte el columpio!, le gritaba Natalia, su hija mayor, ante la mirada feliz de su mujer Irina y las risas de la pequeña Anastasia.

Solía ir al Casino a jugar a la ruleta porque allí se olvidaba de las preocupaciones que le generaba su forma de vida, siempre alerta, vigilando que nadie le siguiera, y teniendo mucho cuidado en justificar las ausencias de la casa familiar.

—¡Hagan juego, señores! Esas tres palabras le producían un efecto casi hipnótico que le inducían a apostar y rebajaban su nivel de ansiedad, la cual seguía instalada en él desde que la turbación y otras sensaciones –que experimentaba cuando se duchaba junto a sus compañeros en el Instituto

al acabar la clase de Gimnasia– le empujaran al disimulo de su orientación sexual. El conocimiento de esa circunstancia por los demás le podría traer problemas para su ingreso en La Academia Militar, que era su gran deseo. Nadie debía saberlo.

Creía que su matrimonio no había sido un acierto, porque esa tapadera o subterfugio le torturaba, aunque sentía adoración por sus hijas y tenía cariño a su mujer.

No terminaba de acostumbrarse a la doble vida que le obligaba a ocultar su homosexualidad, que le hacía tener un gran sentimiento de culpa por el engaño a su familia, pero sobre todo a sí mismo. Porque su yo más profundo le transmitía la idea de que transitaba por un camino sórdido y de incierto futuro.

Se sentó en el sillón para tranquilizarse y vio detrás de una foto familiar una nota, como si quien la hubiera escrito no quisiera que se encontrara fácilmente; en ella, su mujer le decía que le habían informado de la impostura de su vida.

Ya sabía que tenía un amante, un pintor llamado Nicolai, con el que se reunía dos veces por semana en un discreto apartamento de un tranquilo barrio en las afueras de Moscú. Y le comunicaba que no la vería nunca más ni a ella ni a sus hijas.

Cuando entraron en la casa, alarmados por el constante ladrido de los perros, hallaron el cuerpo de Sergei ahorcado en el columpio de sus hijas, un lugar elegido quizás para sentirlas por última vez.

Junto a su cuerpo había una bolsa con una gran cantidad de dinero, y una carta pidiendo perdón a su familia, con un mensaje final que decía:

«LAMENTO NO HABER PODIDO TENER MI PROPIA MÁSCARA»

Elsa Varona

SAFI

«Hoy me comí un melocotón mientras no paraba de llorar.»

En el taller de costura donde trabaja Safi para tratar de ayudar a su familia –y donde gana unos cuantos *afganis* para que ellos puedan comer algo mejor–, las mujeres no pueden quitarse el burka, ni siquiera allí. El velo que recubre su cara expande su tela y abraza por completo su cuerpo entero: cubre las piernas, los brazos, las caderas, el vientre y los pechos, que sólo serán para aquél que quizás la rapte en la noche, la viole y luego se case con ella.

Su amiga Arzo le pregunta por qué es tan importante para ella la mirada. Esa que no recibes del otro –para el que no existes, metida en tu burbuja de azul– y que tampoco puedes dirigir hacia él; nunca le llegaría porque tus ojos están detrás de esa rejilla como de tela de araña, pero todavía peor, totalmente cuadriculada. Y lo pregunta ella, la misma Arzo que se tragó el líquido de la batería del coche y ahora tiene que alimentarse con una sonda gástrica no se sabe por cuánto tiempo. Que se salvó, sí, pero a base de qué coste.

Safi le contesta (por si su amiga no se enteró) que el mes pasado ellos anunciaron que se reinstauraban tanto la flagelación pública como la lapidación de las mujeres que fueran acusadas de adulterio.

También puede ser que Arzo no recuerde –es tan duro recordar– que ninguna niña de más de doce años puede ir a la escuela en nuestro país, Afganistán. Algunos dicen que nuestro país está maldito. Faizah pregunta, llorando, por qué su hermano puede ir a clase y ella no. Nosotros evitamos responderle, porque la contestación es demasiado dura.

Cuando está cubierta, sometida a ese bonito pero terrible color azul que las marca, para Safi es como no tener cuerpo. Antes cantaba y tocaba la *dambora*. Desde hace un tiempo no se puede. Por mucho que cierres puertas y ventanas, ellos siempre lo oyen. O algún vecino les avisa de que hay música en esa casa. Y por si fuera poco, el vecino añadiría que la que canta es una joven.

Arzo quería ser médica. No es que ahora no pueda por tener que alimentarse con una sonda gástrica, sino que se bebió el líquido de la batería por no poder ir a la escuela (mucho menos a la Universidad). Por ser mujer. Porque la casarán con un barbudo al que no conoce y al que no podrá dirigirle, antes, ni siquiera una mirada. Pero Arzo parece que prefiere no recordar por qué se le ocurrió beber el líquido azul. Con un poco de suerte para Arzo, es probable que ninguno de esos barbudos quiera casarse con ella

Antes sí. Hace unos años, pudieron ir al colegio. Y era un goce verse reflejada en la mirada de sus compañeros. Zabur siempre la seguía al volver a casa. La miraba de arriba a abajo, pero a ella eso no le molestaba. No tenía temor de que él viniera detrás, cogiera una manzana del árbol y se la ofreciera; le sonriera mientras la retenía en su mano y esperara, paciente, a que la tomara. Una manzana roja y jugosa con un olor muy dulce de recién cortada. La alegría de una sonrisa fuerte, cálida, decidida. Un ligero roce de manos.

No sonríen los que están en la calle, armados con sus ametralladoras como si fuéramos a escaparnos, como si pudiéramos atacarlos. Vigilando constantemente que no se vea ni un sólo hueco de nuestras pantorillas y que nadie haga nada que no esté aprobado por ese Ministerio que dicen que existe y que se llama de Propagación de la Virtud y Prevención del Vicio. Mis abuelos dicen que también estaba antes, que desapareció y volvió a instaurarse cuando también volvieron los hombres que se hacen llamar *talibanes*. Talibanes significa estudiantes de religión. Pero no, no se quedan ahí.

«*Sin la mirada me muero*», dice Safi. Presa de esta cárcel que está sobre mí, como si se tratara de mi propio ataúd. Es triste este Kabul, sin ojos que se crucen, temerosas de que alguien considere que hemos dirigido nuestra mirada con pecado, con lascivia. Tentando y haciendo pecar a los hombres. Y para evitarlo –dicen ellos–, condenaron a nuestros ojos a no mirar, a no sentir el intercambio con otros ojos y, lo peor de todo, a no ser vistos.

«A veces, mientras camino por la calle hacia el taller de costura, me descubro mi propia mano que parece escaparse del ropaje, de la tela-capullo que me envuelve... y quedo tan impactada que me pregunto:

¿Estará prohibido que se vea este trozo de mi carne, esta parte pequeña de mi cuerpo? ¿Me detendrán? ¿Me encarcelarán?»

Fabiola Ventura

«Yo vi que existe el AMOR»

COMO DICE LA CANCIÓN

La mayoría de las parejas de mi alrededor, junto a las que voy envejeciendo, andan de continuo a la gresca. Se quieren, lo sé, no podrían estar el uno sin la otra, ni la otra sin el uno.

Viendo esto, me pregunto: ¿Existe el AMOR?
Pues sí, existe, lo he visto.

Él y ella, como cada mañana, entran a la sala de rehabilitación por la puerta con acceso directo desde la calle, sin escaleras.

Desde el primer día que los vi llegar, se apoderó de mí una gran alegría interior. Ella lo sostiene con delicadeza, le ayuda a levantar los pies, está atenta a sus tambaleantes movimientos, a sus balbuceantes palabras, a su mirada, aparentemente perdida. Todo en un silencio cómplice de sonrisas.
Y, así, día tras día. Y los que les quedarán.

El otro día, mi último, no pude marcharme sin acercarme a ellos, invadiendo su espacio con la sutileza que pude, para decirles que, gracias a ellos, como dice la canción, «yo vi que existe el AMOR».



«EN CIERTO SENTIDO, TODOS LOS LECTORES LLEVAMOS DENTRO ÍNTIMAS BIBLIOTECAS CLANDESTINAS DE PALABRAS QUE NOS HAN DEJADO HUELLA.»

Irene Vallejo

©